

Fernandinos de Antaño

POR EL DR. HERMILIO VALDIZAN

Profesor de enfermedades nerviosas y mentales

Alzábase en el ángulo que forman la plazuela de Santa Ana y la calle de Sacramentos de Santa Ana, una vieja casa de la fachada siempre cubierta de polvo, de las ventanas cerradas siempre y, ofreciendo eternamente la mutilación caprichosa de sus cristalerías. Nada más pintoresco que la fachada de esta vieja mansión, cuya arquitectura hablaba de otros tiempos, de otras gentes y de otros gustos; nada más pintoresco que el abigarrado conjunto de negocios, si es lícito llamarles de este modo, establecidos bajo los techos apolillados y descoloridos de la vieja casa; un cafetín siempre concurrido de borrachines impertinentes y mal hablados; una fonda a cuyo ingreso dábanse de bofetadas, en una mesita cubierta de servilleta dudosamente blanca, unos tallarines de receta genovesa y unos anticuchos de receta limeña. Y, en medio de estos recintos del aire eternamente viciado, del aire que decía de alcohol, de cebolla y de tabaco, habríase una puerta, una grande puerta que daba paso a abovedado corredor y a viejo y amplio patio sobre cuyas piedrecillas extendíase el verde tapiz de hongos y algas de difícil clasificación. Era la Facultad de Medicina de Lima, había sido el Real Colegio de Medicina y Cirujía de San Fernando y había sido también, cuando entusiasmos republicanos nos hicieron renegar de cuanto pudiera oler a realeza, el «Colegio de la Independencia».

Alguna vez, recorrimos aquellos claustros, evocando la memoria de las generaciones viejas. Paseamos la curiosa mirada por las pequeñas salas y por las salas grandes y frías y buscamos, con interés, algo que hablara a nuestros espíritus de los fernandinos que nos habían precedido en la jornada, de los fernandinos que llegaron a aque-

lla casa como llegábamos nosotros, con mucha fé, con muy vivos entusiasmos, con toda una ilusión de vida. Sobre las blanqueadas paredes muchos nombres habían borrado las primitivas inscripciones; a cada generación de fernandinos había sucedido otra generación, habían superpuesto sus nombres a los de aquellos y la superposición había sido tan repetida, que se hacía difícil adivinar, adivinar nombres que nos eran desconocidos, nombres que no habíamos oído pronunciar jamás, nombres de tantas actividades extinguidas, de tantas ilusiones muertas. Unamuno halló en los bancos de la vieja Salamanca, en la legendaria Universidad, los nombres de las mozas en cuyos ojos pensaban los salmantinos, en tanto que sus maestros les hablaban de Derecho; nosotros no hallamos vestigio alguno de nombre de una linda tapada cuyos ojos hubieran interezado al fernandino más que las lecciones de *Método de Galeno*, dictadas por el maestro Tafur. Tal vez las había borrado el tiempo, tal vez la irreverente brocha de un pintor, en sus afanes renovadores, había borrado de aquellos bancos pesados y duros, de aquellos bancos de iglesia y de convento, las inscripciones practicadas en tanto que los profesores comentaban a Hipócrates e interpretaban a Boherhave.

En las salas de aquella casa estuvo instalado el internado de San Fernando y los internos adquirieron fama de travesura que aun se conserva entre los viejos limeños, fama de travesura de que aún son prueba los archivos de la Facultad de Medicina. Condenados a una vida conventual por la disciplina de don Fermín de Goya, el severo clérigo Rector, los fernandinos aprovechaban la oscuridad de la noche para realizar sus arriesgadas escapatorias en busca de aventuras que los archivos no dicen, porque no necesitan hacerlo, si fueron o no aventuras de amor. Muchas veces estos fernandinos, olvidando el culto de la Inmaculada Concepción, protectora del Real Colegio, descolgáronse de los techos de la vieja casa de Santa Ana y marcharon por las calles de la ciudad de los Reyes, embozados en la capilla modesta, ciñendo, tal vez, una espada de poco filo y desafiando las iras de algún padre intransigente o de algún hermano poco amable. Y muchas veces estas escapatorias se repitieron con frecuencia y los ausentes de las clases lo fueron por varios días, provocando el enojo de la junta de profesores, agrupación de cuatro o cinco maestros que no debieron ser santos, a juzgar por la benevolencia con la cual juzgaron estos actos de indisciplina que, en buena cuenta, eran pequeñas estafas que los fernandinos hacían a Minerva en honor de Vénus: todo quedaba en el Olimpo!

Los fernandinos usaron uniforme y fué parte la más notable de él un escudo real que llevaban como pertenecientes a Colegio que había sido aprobado por la Corona Española. Tuvieron en mu-

cho el prestigio de la colectividad y llegaron en este su celo a protestar en cierta oportunidad por la matrícula de un sujeto que ellos conceptuaron indigno de formar en las filas de los discípulos de Unánue. El padre del damnificado protestó de la protesta de los alumnos. Reunióse la junta de profesores y acordó agradecer el celo de los alumnos; pero manifestándoles que lo creían excesivo y, por tal, poco conveniente. Matriculóse el tachado; pero los fernandinos dejaron sentir sobre él el peso de su protesta, maltratándole amablemente, en forma que demandó de la familia del damnificado el gasto de una buena dosis de árnica y el de papel sellado para elevar a la Junta de Profesores una nueva protesta.

Epoca la colonial que dispensaba a los médicos menos honores de los que le dispensa la época republicana, los fernandinos no eran, por regla general, sujetos que acusasen con cierta frecuencia la repleción de la bolsa: las propinas eran modestas y para llevar a cabo todos sus gastos debían recurrir a verdaderos prodigios de combinaciones financieras, que mas de un Ministro de Hacienda pudiera envidiar: tal vez si es a aquellas épocas que remonta el origen de la desconfianza de las vendedoras ambulantes del sanguito de ñajú y del sango de pasas, que exigían a los estudiantes la plata «por delante».

Pero era también época en la cual la constancia, el espíritu de trabajo y otras condiciones de carácter que no es frecuente encontrar en las gentes, merecían todo apoyo y todo estímulo. Aquellos viejos maestros, que no conocían los halagos de la palabra amable y de la sonrisa de afecto, hacían de un estudiante pobre un vice-rector, con veinte pesos mensuales para que pudiera continuar sus estudios y llegar al término de su carrera, sin sufrir con demasiada intensidad los rigores de una situación económica humilde. Y de estos protegidos en esta forma, de estos desheredados de la fortuna que hallaron durante su jornada la mano alentadora y fuerte que les impulsó en el sendero, salieron personalidades de la talla de Unánue y de Heredia.

Se estudiaba mucho y se trabajaba mucho en aquellos tiempos. Los fernandinos de la época de Unánue y aún los del Colegio de la Independencia estudiaron mucho mas de lo que nosotros hemos estudiado: que lo diga esa reliquia del cuerpo médico nacional, que es el doctor Rafael Benavides, en cuya enseñanza siempre interesante y siempre amena, en cuyo trato siempre amable y en cuya conducta siempre sin tacha, han recibido las generaciones médicas contemporáneas una hermosa lección y un hermoso legado. Quien estas líneas escribe experimentó una impresión difícil de precisar cuando pasó bajo sus ojos el programa del exámen de Teología Moral «que había pasado el alumno don Rafael Benavides». Y el alumno don Rafael

Benavides era el anciano maestro de Obstetricia, el decano de los médicos peruanos, el mismo que el día anterior, en la Clínica de Santa Ana, nos había hecho merced de una hermosa lección y de una amenísima charla, el mismo que había discurrido por las salas del viejo Hospital con el paso firme, con el andar marcial de los veinte años y con las alegrías del vivir y los optimismos del vivir que en la ancianidad son más hermosos que en la juventud!

El latín, el injustamente desterrado de nuestros modernistas reglamentos de enseñanza, fué, a no dudarlo, una de las pesadillas de los fernandinos. ¡Como que había que leerlo, traducirlo y escribirlo correctamente! ¡Como que una oración latina daba más prestigio que la opinión de todos los compañeros! Y si a esto se agrega que muchos de los textos médicos se hallaban escritos en latín y que era necesario dominarlos para conseguir los títulos que otorgaba el tribunal del Protomedicato, habrá que convenir en que no tuvimos razón de quejarnos quienes llegamos a los claustros de San Fernando en época en que los cursos estaban escritos en francés, cuando no en castellano.

La enseñanza se hacía en forma bastante distinta de la adoptada en la época actual. No todos los cursos que exigía el Protomedicato a los candidatos al título de médicos y cirujanos eran enseñados por Profesores; muchos lo fueron por médicos que nada tenían que ver con el Colegio de San Fernando, y que solo aparecían como tales en la ceremonia de exámenes que sus alumnos rendían en la Universidad, en actuaciones que eran indicadas al Virrey, al Cabildo, al Arzobispo, etc. Tratábase, en rigor de verdad, de verdaderos cursos libres sin las exigencias de los oficiales, pero con idéntico valor, ya que los maestros que dictaban estas materias pertenecían a la flor y nata del cuerpo médico de la época colonial. Otros cursos eran dictados por los que llamaríamos hoy «alumnos de años superiores». Con el título de *pasantes*, estos alumnos adelantados fueron muy útiles colaboradores de los maestros de San Fernando, cuya labor pedagógica completaban o reemplazaban y, precisa convenir que en muchos casos lo hicieron tan a satisfacción de sus maestros que después fueron elevados a la categoría de tales: a este grupo de pasantes que más tarde fueron maestros pertenecieron don Norberto de Vega, don J. Ignacio Huidobro, Don Agustín Arenas y otros muchos, que sería largo recordar.

La enseñanza clínica fué, en los primeros años de establecido el Colegio de San Fernando, demasiado modesta para merecer el nombre de tal: elegidos profesores los doctores Vergara y Arenas, ellos no dispusieron en mucho tiempo del material indispensable para iniciar sus labores didácticas y sólo lo hicieron, en una sala del

Hospital de San Andrés, trascurridos muchos años del establecimiento de nuestro primer centro de enseñanza médica. Durante mucho tiempo los alumnos debieron continuar en la condición de «aprendices de medicina» o de cirugía en que realizaban su aprendizaje durante la época colonial anterior al establecimiento del Colegio de San Fernando. Este título de *aprendices*, que indica la modesta actuación de los estudiantes en los Hospitales, era bastante, sin embargo, para que quienes lo ostentaban pudiesen recibir algunas comisiones del gobierno. En el personal de diversas comisiones médicas que acompañaban a expediciones militares enviadas a Chile o al Alto Perú, hemos visto figurar aprendices de medicina, cirugía y de farmacia, rentados en forma que en la actualidad desdeñaría el último de los barchilones de Hospital.

Más tarde los estudiantes recibieron el título de *enfermeros* y uno de los primeros estudiantes a quienes fué dable ostentar semejante título fué don Cayetano Heredia, el mismo que andando los años había de ser el Decano de la Facultad de Medicina. Pero, la actuación de los estudiantes en los hospitales no fué mirada con gran satisfacción por parte de las hermandades, primero, y de las sociedades de beneficencia, después. Se pretendió que los estudiantes llevaran casi hasta la veneración el respeto por los «Hermanos Veinticuatro» de las congregaciones de Nuestra Señora de Santa Ana y demás de los hospitales de Lima. Se les impuso la obligación de quitarse los sombreros al ingresar al hospital en compañía de ellos. Y, por este estilo, las exigencias fueron numerosas y no siempre dignas de justificación.

Compréndese que los fernandinos de aquellos buenos tiempos del Marqués de la Concordia, después del cotidiano trabajo que representaba el aprendizaje de los cursos teóricos, el de los prácticos en los hospitales y el de los cursos anexos, debían esperar, con una cierta ansiedad, los halagos de una suculenta alimentación. Desgraciadamente, las condiciones económicas del colegio no permitieron nunca excesos gastronómicos que hubieran sido imperdonables en una época en la cual la dieta era una de las armas más eficaces de la medicina. Andando los años, el doctor Heredia, en aquella época ecónomo del colegio, procuraba realizar dentro del presupuesto del establecimiento, las mayores economías, y es a estas economías que debe relacionarse la historia de unos sacos de quinua que al colegio le habían sido obsequiados por algún padre de familia agradecido o interesado en obligar la gratitud del Colegio de la Independencia; fué el caso, que habiéndose recibido este generoso donativo de quinua, los colegiales comenzaron a darse cuenta del regalo por la pecaminosa frecuencia con la cual la quinua figuraba en los almuer-

zos del colegio. La protesta no tardó en presentarse, bajo la forma de una unánime renuncia al plato de quinua que era el *fuerte* de la cotidiana alimentación. Sin discursos de protesta, sin explicaciones de género alguno, los fernandinos se negaron a aceptar la quinua de los almuerzos, con profundo desagrado de Heredia, y no poca alegría del cocinero, y de sus ayudantes, si los hubo. Heredia insistió, y, al día siguiente de la protesta, los fernandinos tuvieron la dolorosa sorpresa de la quinua repetida mañana y tarde. Insistieron en su desgana los fernandinos y en la administración de quinua, Heredia; y parece que éste ganó la partida y que los fernandinos concluyeron los sacos de quinua en referencia, maldiciendo de las generosidades del donante y mandándole enhoramala.

Trascurridos los primeros años del Real Colegio de Medicina y Cirujía de San Fernando, aproximábase la época de nuestra emancipación política y a la grande obra en favor de la independencia nacional contribuyeron los fernandinos como contribuyó la universidad toda. La obra de propaganda activa e incesante, la obra de preparación de los espíritus a los beneficios de la república, no fué extraña a las ideas que habían sido inculcadas a la juventud peruana en las aulas de la vieja casa de la plazuela de Nuestra Señora de Santa Ana.

La vida de los fernandinos durante los años del Colegio de la Independencia, no es de las más lisonjeras que puedan contarse en los anales de las instituciones docentes. Ese período de la vida de los fernandinos caracterízase por una acentuada disminución en la intensidad de la enseñanza y por una cierta participación política de institución que hubiera debido permanecer perfectamente extraña a los vaivenes de la política. Entre los episodios más notables de esta época de la enseñanza médica, los juramentos de fidelidad al Congreso, al jefe Supremo, y a la Constituyente, y a la Constitución, etc., son más numerosos que los acuerdos adoptados para conservar en mediocres condiciones la enseñanza médica.

Los fernandinos de la época republicana supieron mantener el prestigio de sus antecesores.

En los momentos de prueba para la nacionalidad, en los momentos en los cuales peligró la patria, los fernandinos supieron cumplir con su deber; allí están los alumnos de San Fernando que auxiliaron a los heridos en el combate del Dos de Mayo y que formaron también en las filas del ejército defensor de la plaza del Callao, puestos de peligro que fueron disputados por los fernandinos como si se hubiera tratado de puestos de satisfacción y provecho personal. Allí están los estudiantes de medicina que los proyectiles chilenos inmolaron en los campos de batalla de la guerra injusta e injusti-

ficable; allí están esos estudiantes que asomaban a la vida sus espíritus llenos de entusiasmo y de fé y que cayeron bajo el plomo enemigo en defensa de la bandera que envolvía un ideal de justicia! Allí están, por último, todos los estudiantes de medicina que con motivo de nuestros últimos conflictos internacionales cerraron sus libros y se alistaron en las filas de la sanidad militar o en las del ejército activo.

En los días de la ocupación de Lima por el ejército enemigo, los alumnos de medicina rodearon a sus maestros en el momento más hermoso que la enseñanza haya atravesado en el Perú; era el momento en el cual los maestros de San Fernando prodigaban sus enseñanzas en forma análoga como lo hicieran los apóstoles en los primeros años del cristianismo: ocultos, temiendo siempre el atropello de las autoridades chilenas, hoy en una casa y mañana en otra, así se hizo la enseñanza médica, que hubo de demandar a la Facultad de Ciencias y al Colegio de Guadalupe el préstamo de sus laboratorios, ya que los de la Facultad había sido destruídos en un bárbaro gesto de irrespetuosidad por la ciencia, y por la civilización. Esos maestros y esos alumnos, perseverando en su obra, a despecho del peligro, serán siempre para nosotros de memoria grata y que sus nombres asomen a nuestros labios jurito con palabra de afecto y de simpatía que, en este caso, serán de severa justicia.

Revolucionarios con Piérola, los fernandinos secundaron vivamente el movimiento de opinión que elevó a la primera magistratura al malogrado patricio. En los dos años de 1894 y 1895 los fernandinos distribuían boletines con noticias de los avances de los montoneros, recolectaban proyectiles y armas que enviaban o conducían a los campamentos de la coalición y en las tropas de ésta sentaron plaza muchos de aquellos fernandinos, cuyas impacencias no les permitieron esperar tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos.

La vida de los fernandinos desde el año de 1895 hasta hoy no debe ser escrita todavía; es la vida nuestra; es la vida que hemos vivido, con las alegrías de las victorias y con los desalientos de las derrotas, es la vida que ha de escribir mañana persona que pueda contemplarnos a través del prisma de serenidad que coloca entre generación y generación el trascurso de un medio siglo.

